

# Género, motivaciones para migrar y el deseo de retornar: similitudes y diferencias entre mujeres y hombres salvadoreños y guatemaltecos en Los Ángeles

*Norma Stoltz y Nora Hamilton*

*Cada mañana, las madres corrian hacia el campo de juegos de las viejas brownstones, en los vecindarios que rodean el parque. Venían porque estaban cansadas de estar encerradas todo el día en sus apartamentos, atemorizadas de los horrores criminales de un vecindario donde, hasta las aceras están cubiertas con graffiti. Así que respiraron profundo y sostuvieron con fuerza a sus hijos de la mano, mirando directamente hasta alcanzar el parque, donde sus niños al fin podrían correr libres. Ahora unas veinte mujeres mejicanas y centroamericanas, en jeans y camisetas, se paran alrededor del cajón de arena; son mujeres solteras, que acababan de saltar a la modernidad, cuya postura dijo a todos que estaban lejos de casa y que nunca más volverán a ser empujadas por ningún hombre.*

Héctor Tobar, *The Tattooed Soldier*, pp 74-76.

## Resumen

Este artículo contiene un estudio realizado a 300 inmigrantes guatemaltecos y salvadoreños, a través de una encuesta que se llevó a cabo en 1995, en Los Ángeles. Esta fue diseñada para obtener opiniones sobre el regreso a casa *versus* permanecer en Estados Unidos, así como también para obtener indicadores de adaptación y asentamiento, y evaluaciones positivas y negativas sobre las condiciones en sus países de origen y en los países anfitriones. Pero, ¿cuán semejantes o diferentes son los motivos de los salvadoreños y los guatemaltecos, mujeres y hombres, para emigrar? ¿Cuáles son las circunstancias que rodean su salida y los recursos de los cuales dependieron cuando llegaron a Estados Unidos? ¿Cuán semejantes o diferentes son sus opiniones acerca del retorno a sus países de origen? ¿Qué factores median o

confunden una posible relación entre género y motivos para la migración y las opiniones acerca del retorno? Este reconocimiento de la complejidad y multidimensionalidad de las experiencias de las mujeres inmigrantes nos lleva a sostener que, mientras hombres y mujeres experimenten la migración de manera diferenciada, las experiencias de ambos estarán condicionadas no solo por el género, sino también por la clase, la etnia y la nacionalidad, por los contextos emisores y receptores, y por las circunstancias individuales de la migración, entre otros factores.

### Introducción

La descripción del escritor americano-guatemalteco Héctor Tobar de las mujeres inmigrantes disfrutando una recién encontrada libertad de la explotación patriarcal en Estados Unidos, hace eco de aquella otra de las académicas feministas, quienes han argumentado que, en al menos algunos grupos de inmigrantes, el estatus de las mujeres aumenta, en la medida que sus salarios se vuelven más importantes para la sobrevivencia del hogar y en la medida que sus actividades reproductivas, dentro y fuera del hogar, adquieren un papel visible e innegable para apoyar a la familia en su adaptación al nuevo entorno. En contraste, los hombres experimentan que su importancia relativa como proveedores de la familia y que su poder e influencia cultural, en la familia del inmigrante y la sociedad, disminuyen (Goldring, 1996; Hondagneu Sotelo, 1994, pp. 98-100; Kibria, 1993). Estas diferencias de género resultan en una mayor satisfacción con la vida en Estados Unidos, comparada con la vida en el lugar de origen. Según algunos analistas, existe diferencia de género en cuanto a los deseos para regresar al sitio de origen. Las mujeres quieren permanecer en Estados Unidos más que los hombres (Chavez *et al.*, 1989), a tal punto que sabotean los planes de retorno de éstos (Grasmuck y Pessar, 1991).

Estudios subsiguientes, sin embargo, sugieren una relación más incierta entre el género y los deseos de una migración de retorno (Pessar, 1995).

Un estudio etnográfico de la comunidad maya de Houston encontró patrones diferentes entre mujeres y hombres. Los inmigrantes hombres nuevos y más establecidos tienden a legalizar su estatus migratorio, sobre todo por razones pragmáticas —por ejemplo, para obtener permiso de trabajo—, pero también expresaron un deseo, a largo plazo, de regresar a Guatemala. Entre las mujeres, sin embargo, la permanencia más larga marcó la diferencia. Las mujeres inmigrantes más establecidas —que ya han tenido la oportunidad de aprender más acerca de las opciones y oportunidades para ellas en Estados Unidos— están más motivadas a permanecer que las recién llegadas (Hagan, 1994, pp. 161-162).

Otros estudios cuestionan la relación entre las experiencias de las mujeres asalariadas y su emancipación, así como también sus preferencias sobre si se quedan o vuelven a sus país de origen. El estudio de Mahler sobre los salvadoreños encontró que tanto los hombres como las mujeres eran ambivalentes sobre su posible regreso, lo cual puede reflejar las condiciones difíciles —económicas y/o políticas— en su país natal. Por otra parte, el estudio de Menjivar sobre mujeres guatemaltecas encontró que mientras algunas esperan regresar con sus ahorros, los cuales les permitirían disfrutar de un estatus de clase media en Guatemala, otras temen presiones de sus familias y amistades para que adopten un estilo de vida más restringido (Pessar, 1995; Mahler, 1999; Menjivar, 1999)<sup>1</sup>. Parecería, en-

1. Esta fue también la experiencia de una mujer salvadoreña que entrevistamos. Regresó a El Salvador después de los acuerdos de paz, pero volvió a Los Ángeles cuando su familia intentó imponer restricciones sobre el tipo de trabajo que podía realizar. Preocupaciones relacionadas con presiones de diferente tipo fueron señaladas por otra

tonces, que la relación entre género y migración de retorno, aun en los estudios existentes, no es tan grande como algunos han imaginado.

Un estudio etnográfico reciente, realizado por Karin Weyland (1998), sobre mujeres dominicanas solteras y casadas, en la ciudad de Nueva York, y sus parientes y hogares en República Dominicana confirma esta opinión. Ella argumenta que la postura de las mujeres sobre el retorno puede cambiar con el tiempo, según sean sus percepciones sobre las oportunidades económicas en Estados Unidos, así como sobre las condiciones sociales y culturales en este país y en su país natal. Por ejemplo, cuando la recesión golpeó la industria estadounidense del vestido, en la ciudad de Nueva York, y las condiciones en los barrios de inmigrantes dominicanos se deterioraron, aumentando las tasas de criminalidad, tráfico de drogas y pandillas, las mujeres casadas que estudió expresaron un fuerte deseo de regresar a la isla, donde podían “proteger mejor” a sus hijos y protegerse ellas mismas. Varias mujeres comentaron que su situación ideal sería poder recibir sus cheques de la ayuda social estadounidense en República Dominicana; otras esperaban que, algún día, sus hijos pudieran sostenerlas con remesas, si ellas regresaban a su tierra natal.

Adicionalmente, Weyland argumenta que la adopción de un patrón de conducta autónomo e independiente puede no ser permanente. Las mujeres que emigran solas pueden rechazar los modelos culturales patriarcales hasta que sus esposos e hijos se les unen de nuevo; a partir de ese momento, vuelven a adoptar modelos tan “tradicionales” como los de sus países de origen.

Los hallazgos de este y otros estudios recientes sugieren que el deseo de regresar y la elaboración de planes para ello, ocurren en un contexto multidimensional, el cual incluye la economía política de las relaciones entre los países emisores y receptores —en este caso, la historia del imperialismo de Estados Unidos con relación a República Dominicana—, los cambios en el tiempo del contexto de



recepción —por ejemplo, el impacto de la des-industrialización y la recesión en las comunidades de inmigrantes, en la ciudad de Nueva York—, el estatus civil, la composición familiar y la ubicación de los miembros de la familia. Cualquier relación entre género y retorno puede estar mediada por estos factores, así como también por el carácter transnacional de muchas comunidades inmigrantes contemporáneas, lo cual moldea no solamente las condiciones económicas, sino también la cultura y la ideología, la interacción social y los roles de género.

Este reconocimiento de la complejidad y multidimensionalidad de las experiencias de las mujeres inmigrantes, nos lleva a sostener que, mientras hombres y mujeres experimenten la migración de manera diferenciada, las experiencias de ambos estarán condicionadas no solo por el género, sino también por la clase, la etnia y la nacionalidad, por los contextos emisores y receptores, y por las circunstancias individuales de la migración, entre otros factores. Y algunos aspectos de la experiencia del inmigrante, en concreto, el deseo de regresar al país de origen o la planificación del retorno, estarán más condicionados aún por los cambios en el contexto o en las condiciones sociales.

### 1. Nuestro estudio

El estudio, del cual esbozamos los datos discutidos más adelante, tiene como fundamento una en-

---

mujer salvadoreña, quien se mostró aprensiva sobre su regreso a El Salvador con su esposo (después de vivir por veinte años en Estados Unidos), pues piensa que sus amigos podrían presionarlo para comenzar a beber de nuevo.

cuesta, realizada en 1995, a cerca de 300 inmigrantes guatemaltecos y salvadoreños, en Los Ángeles. Esta encuesta fue diseñada para obtener opiniones sobre el regreso a casa *versus* permanecer en Estados Unidos, así como también para obtener indicadores de adaptación y asentamiento y evaluaciones positivas y negativas sobre las condiciones en sus países de origen y en los países anfitriones<sup>2</sup>. Se utilizó una técnica muestral de bola de nieve, basada en múltiples puntos de entrada para obtener un rango representativo de características, en términos de período de permanencia en Estados Unidos, lugar de origen, razones para la migración, edad y características socioeconómicas.

Los hallazgos discutidos más adelante representan una pequeña parte de un estudio más amplio. Su interés primario eran las opiniones de los inmigrantes sobre su retorno, más que las dinámicas de género. El estudio es útil, porque es uno de los pocos que ha dado seguimiento directo a este asunto con una muestra relativamente grande, en un momento histórico crucial. El estudio se hizo después de la firma de los acuerdos de paz, en El Salvador, y después que Naciones Unidas facilitó el proceso de paz en Guatemala (concluido de manera formal, en diciembre de 1996). Los resultados de nuestro estudio son limitados en su generalización, porque la muestra no fue hecha al azar, pero, junto a otros estudios etnográficos y entrevistas con profundidad, ayuda a demostrar la amplitud y la diversidad de la experiencia migratoria, la cual requiere una comprensión teórica.

Las cuestiones básicas a las cuales procuramos responder aquí son: ¿cuán semejantes o diferentes son los motivos de los salvadoreños y guatemaltecos, mujeres y hombres, para emigrar, las circunstancias que rodean su salida y los recursos de los cuales dependieron cuando llegaron a Estados Unidos?, ¿cuán semejantes o diferentes son sus opiniones acerca del retorno a sus países de origen? y

¿qué factores median o confunden una posible relación entre género y motivos para la migración y las opiniones acerca del retorno?

## 2. Los motivos para emigrar

La diferencia de género más fuerte y consistente que hallamos fue la razón primaria que hombres y mujeres salvadoreñas dieron para salir de su país. En su conjunto, el 65 por ciento de hombres comparado con el 35 por ciento de mujeres citó las condiciones políticas, comparado con el 15 por ciento de hombres y el 32 por ciento de mujeres que citó las condiciones económicas de Centroamérica o Estados Unidos. La brecha de género persiste cuando se controla el período de la migración: el 72 por ciento de los hombres que emigró, durante la década de los años de 1980, tuvo como motivo

---

El estudio de Mahler sobre los salvadoreños encontró que tanto los hombres como las mujeres eran ambivalentes sobre su posible regreso, lo cual puede reflejar las condiciones difíciles —económicas y/o políticas— en su país natal.

---

principal para emigrar la situación política de su país de origen, en comparación con el 43 por ciento de las mujeres (ver cuadros 1 y 2). Esto refleja, en sí mismo, una importante dinámica de género, que no está presente en algunas de las experiencias migratorias, pero cuyo análisis es importante. Para entender esta diferencia, hay que revisar brevemente el contexto político y económico de El Salvador y Guatemala, a finales de 1970 y 1980, así como las oportunidades económicas del sur de California.

Además de las razones usuales para emigrar —las condiciones económicas, las consideraciones del hogar y de la familia, las circunstancias personales o una combinación de éstas—, muchos salvadoreños y guatemaltecos se sintieron obligados a salir de sus países, a finales de los años de 1970 y 1980, por la inestabilidad y la represión política. En ambos países, la explotación económica, la represión creciente y la polarización habían desembocado en el surgimiento de fuerzas guerrilleras, en los años de 1960 y 1970. Comenzando a finales de los años de 1970, las luchas entre movimientos

2. Este estudio fue financiado por un fondo del Centro Norte-Sur de la Universidad de Miami e incluyó una encuesta similar, llevada a cabo por un equipo, en el área de la Bahía de San Francisco. Fueron 600 entrevistas en total.

**Cuadro 1\***  
% (número)

Razones para la migración	Género	
	Masculino	Femenino
Razones políticas	65 (87)	35 (57)
Razones económicas	15 (20)	32 (52)
Razones familiares	11 (15)	19 (31)
Otras razones	8 (11)	15 (25)
Total	100(133)	100(165)

Estadísticamente significativo a .001  
N = 298

**Cuadro 2\***  
**Género y razones para la migración,**  
**controlados según fecha de llegada**  
% (número)

Razones para la migración	1970		1980	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Razones políticas	21 (3)	7 (2)	72 (78)	43 (53)
Razones económicas	50 (7)	56 (15)	10 (11)	25 (30)
Razones familiares	29 (4)	15 (4)	10 (11)	20 (24)
Otras razones	0	22 (6)	7 (8)	12 (15)
Total	100(14)	100 (27)	100 (108)	100(122)

Estadísticamente significativo (.001) para 1980.  
N = 271

\* Excepto anotado en otro lado. Los cuadros 1 y 2 se basan en la encuesta de guatemaltecos y salvadoreños, realizada en el sur de California. En algunos casos, la suma de los números no es exacta, debido al redondeo.

revolucionarios y fuerzas gubernamentales se intensificaron, mientras los escuadrones de la muerte de la derecha apuntaron no solo contra los rebeldes, sino también contra los civiles sospechosos de apoyarlos y contra los miembros de los partidos de la oposición, los sindicatos, las organizaciones campesinas y las asociaciones estudiantiles.

En estas circunstancias, los individuos y las familias afectadas por la violencia con frecuencia fueron forzadas a tomar decisiones rápidas con respecto a la emigración, sin planificar, ni contar con los recursos indispensables. En otra parte, hemos argumentado que, a menudo, es muy difícil separar los motivos políticos y económicos de la emigración, en los períodos de inquietud política (Hamilton y Chinchilla, 1991). Pero algunas condiciones, tales como el reclutamiento, la presión

para tomar las armas o formar parte de bandos, y la represión directa o indirecta, son claramente políticas. Aunque las vidas de mujeres guatemaltecas y salvadoreñas fueron afectadas directa e indirectamente por las condiciones políticas, en este período, solo los hombres fueron sometidos al reclutamiento y fueron los que más experimentaron las presiones de ambos bandos para tomar las armas.

Mas aún, aunque tanto mujeres como hombres fueron víctimas de la tortura, las desapariciones forzadas y los asesinatos extrajudiciales, los hombres tendieron a estar desproporcionadamente representados en el liderazgo de los movimientos sindicales, las organizaciones campesinas y otras organizaciones de masas. Por eso, tenían más probabilidad de ser blanco preferido de las fuerzas de seguridad y de los escuadrones de muerte. No sor-

prende, por lo tanto, que, en nuestro estudio, más hombres que mujeres, aun durante el período más conflictivo, citen las condiciones políticas como su motivo primario para emigrar.

En el lado económico de la ecuación había desigualdades de género, en el acceso a ingresos, en los países de origen, y un diferencial de género, en la demanda de trabajadores inmigrantes centroamericanos en Estados Unidos, en particular en el período anterior a 1980, cuando, proporcionalmente, migraron más mujeres que hombres. Así, aun antes del conflicto político de los años de 1980, la experiencia migratoria centroamericana es diferente a la de los emigrantes mexicanos, quienes tendieron a ser varones, en su mayoría (Zentgraf, 1998).

A medida que el estancamiento, la recesión, la reducción de los salarios y un creciente costo de la vida comenzaron a plagar las economías de Centroamérica, en los años de 1970, las mujeres fueron sometidas a una presión cada vez mayor para llevar dinero a sus hogares, desarrollando actividades económicas fuera del hogar o bien produciendo dentro de él. Cada vez más mujeres jóvenes con familia buscaron empleo en fábricas, oficinas o en el sector informal con el propósito de contribuir con los gastos de la casa; cada vez más mujeres casadas tuvieron que trabajar fuera del hogar, a tiempo completo o parcial. Además, en las áreas urbanas, en los hogares dirigidos por mujeres, éstas sintieron la presión para sostener a sus hijos y, en algunos casos, a sus esposos desempleados o subempleados<sup>3</sup>. Al mismo tiempo, las mujeres, con frecuencia, encontraron difícil proveer a sus familias con todo lo necesario, a causa de los sueldos relativamente bajos, asignados al empleo "femenino"<sup>4</sup>.

En el lado receptor, había un factor de "atracción", diferenciado por género, en forma de una demanda creciente de mujeres inmigrantes para trabajar en servicios personales y relacionados, en Los Ángeles. La relativa facilidad con la que las mujeres inmigrantes podían encontrar trabajo en esta ciudad, en particular, como domésticas, para así poder comenzar a pagar el costo del viaje y enviar

remesas, era, al parecer, muy bien conocido en Centroamérica e influyó en las decisiones de los hogares sobre la emigración, durante los años de 1970 (Zentgraf, 1996, 1998, 1999).

Durante los años de 1970 y 1980, las mujeres guatemaltecas y salvadoreñas comenzaron a ocupar nichos específicos, en el mercado de trabajo de Los Ángeles. Un estudio, basado en el censo de 1990, mostró que las mujeres salvadoreñas y guatemaltecas estaban "sobrerrepresentadas" en el trabajo doméstico en relación con otras mujeres inmigrantes: constituían el 3 por ciento del total de la fuerza laboral femenina de Los Ángeles, pero el 33 por ciento de ellas estaba en el servicio doméstico y el 21 por ciento cuidaba niños. También fueron sobrerrepresentadas en la industria del vestido y textil —ver el Cuadro 3— (Allen y Turner, 1997). Los hombres también eran capaces de obtener trabajos de bajos salarios, en las áreas de servicio y la manufactura. No estaban sobrerrepresentados de manera significativa, excepto en la industria textil y del vestido.

En resumen, los hombres salvadoreños y guatemaltecos fueron más propensos a emigrar por razones políticas, mientras que las mujeres lo fueron por razones económicas. Esto ayuda a explicar por qué, antes de 1980, el número de mujeres inmigrantes era mayor que el de hombres. Mientras que en los años de 1980, ocurrió a la inversa. Estas diferencias en género y tiempo reflejan condiciones políticas y socioeconómicas en los respectivos países de origen y distinciones en las oportunidades de empleo en Estados Unidos.

### 3. La migración de retorno

En contraste con la brecha de género en cuanto a los motivos para migrar, las mujeres y los hombres, en nuestro estudio, difirieron poco respecto a sus planes para permanecer en Estados Unidos o retornar a su país de origen. De los que respondieron, el 54 por ciento de hombres y el 56 por ciento de mujeres dijeron que sus planes actuales eran permanecer en Estados Unidos, mientras que el resto dijo que planeaba retornar, en un tiempo defini-

3. En el caso de El Salvador, a finales de los años de 1950, un quinto de todas las familias rurales y un tercio de todas las familias urbanas tuvieron como jefa a mujeres; en 1978, un 40 por ciento de los hogares urbanos pobres fue dirigido por mujeres; Menjívar; 2000, p. 47.
4. En 1980, mujeres guatemaltecas y salvadoreñas estuvieron desproporcionadamente empleadas en actividades informales como vendedoras o trabajadoras de servicios (a menudo domésticos) —55 y 31 por ciento, respectivamente— (Gallardo y López, 1986, pp. 186-187).

**Cuadro 3**  
**Ocupaciones en las cuales salvadoreños y guatemaltecos están sobrerrepresentados, 1990 (La región de cinco condados del sur de California, en porcentajes)**

	Hombres		Mujeres	
	Salvadoreños	Guatemaltecos	Salvadoreñas	Guatemaltecas
Total de la fuerza laboral	1.8	1.0	1.9	1.0
Industria textil/vestido	9.2	8.3	11.4	3.8
Pintores	5.8	4.6		
Trabajo doméstico			20.8	12.1
Cuidado de niños			11.3	9.5
Mantenimiento de construcción	9.7	5.0		

*Fuente:* basado en James P. Allen y Eugene Turner, *The Ethnic Quilt*, Cuadro 8.4, pp. 211-212.

do o quizás en algún momento indefinido, en el futuro. ¿Qué otros factores podrían explicar las diferencias entre aquellos que planean permanecer y los que esperan regresar, al menos eventualmente? ¿Y en qué medida éstos nos ayudan a comprender las similitudes y las diferencias entre las experiencias de hombres y mujeres? En la siguiente sección examinamos los factores contextuales y las características de inmigrantes individuales para abordar estas interrogantes<sup>5</sup>.

### 3.1. Factores contextuales: las condiciones políticas y económicas en California y Centroamérica

El hecho que más de la mitad de los encuestados pensaba permanecer en Estados Unidos representa un cambio significativo en los planes que tenían cuando llegaron. En este momento, solo el 14 por ciento pensaba asentarse en Estados Unidos. Este cambio de plan sugiere un cambio en el contexto, en el cual fueron tomadas las decisiones, incluyendo las condiciones en los países de origen y en el sur de California. El primer quinquenio de los años de 1990 representó una inflexión para los salvadoreños y los guatemaltecos, en el área de Los Ángeles. Tal como se observó arriba, muchos vinieron al sur de California huyendo de la guerra, la persecución y la inestabilidad política, en sus respectivos países. Muchos, sin duda, asumieron que retornarían cuando la guerra finalizara y las condiciones políticas mejoraran. En los primeros años de esa década, las condiciones no parecían ser favo-

rables para el retorno. Hacia 1995, cuando se llevó a cabo nuestra encuesta, un acuerdo de paz firmado en El Salvador, en 1992, tenía ya tres años y estaban en proceso las negociaciones de paz en Guatemala, bajo los auspicios de Naciones Unidas.

Al mismo tiempo, las condiciones para los inmigrantes en el sur de California se habían deteriorado, según anotó, aproximadamente, el 85 por ciento de los encuestados. La recesión económica de principios de los años de 1990 se tradujo en recortes en el empleo, en todos los niveles; las deterioradas condiciones y las tensiones inter-étnicas en los vecindarios de la ciudad central, donde muchos inmigrantes vivían, explotaron en los levantamientos y disturbios de abril de 1992. La hostilidad creciente contra los inmigrantes se hizo evidente en iniciativas como la Proposición 187. No obstante, tal como revela la encuesta, en 1995, era claro que relativamente pocos guatemaltecos y salvadoreños estaban preparados para regresar a las inmediatas o dentro de un período definido. Más del 40 por ciento de los que, al comienzo, planearon una estadía temporal en Estados Unidos, ahora pensaban permanecer de manera indefinida.

Dos de los factores contextuales que analizamos quizás ayuden a explicar la preferencia de muchos de permanecer en Estados Unidos: el tiempo en este país y las percepciones de las condiciones en El Salvador y Guatemala. Es lógico asumir que muchos centroamericanos que vinieron a Estados Unidos, en los años de 1970 y 1980, permanecieron mucho más tiempo del anticipado, por la duración

5. Mucha de la información de las dos secciones siguientes proviene de Hamilton y Chinchilla, 2001.

**Cuadro 4**  
**Las percepciones con respecto al impacto**  
**de los acuerdos de paz**  
**% (número)**

Opinión relacionada con los acuerdos de paz	Según género		Según planes	
	Hombre	Mujer	Permanece	Regresa
¿Resultarán los acuerdos de paz en una situación política más fija?	(N = 257)		(N = 239)*	
Sí	41.5 (51)	48.5 (65)	39.1 (50)	54.1(60)
No	58.5 (72)	51.5 (69)	60.9 (78)	45.9(51)
¿Resultarán los acuerdos de paz en una situación económica más estable?	(N = 243)		(N = 228)*	
Sí	50.4 (59)	39.7 (50)	38.8 (47)	54.2(58)
No	49.6 (58)	60.3 (76)	61.2 (74)	45.8(49)

**Cuadro 5**  
**Las percepciones con respecto a las condiciones del retorno**

	Según el género		Según planes	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
¿Si usted vuelve, cree que encontraría problemas de seguridad política o personal?		(N = 300)*		(N = 279)*
Sí	52.6 (71)	36.4 (60)	51.0 (78)	35.7(45)
No	39.3 (53)	49.1 (81)	38.6 (59)	54.0(68)
DN/NR	8.1 (11)	14.5 (24)	10.5 (16)	10.3(13)
¿Si usted vuelve a su país, cree que encontraría empleo/ recursos económicos adecuados?		(N = 300)		(N = 279)**
Sí	45.9 (62)	41.8 (69)	34.6 (53)	57.1(72)
No	41.5 (56)	43.0 (71)	50.3 (77)	33.3(42)
DN/NR	12.6 (17)	15.2 (25)	15.0 (23)	9.5(12)

\*Estadísticamente significativo @.05

\*\*Estadísticamente significativo @.001

de la guerra, la inestabilidad política y el consecuente deterioro económico, en sus respectivos países. Mientras tanto, se asentaron y obtuvieron mejores trabajos; en algunos casos, sus hijos —quizás nacidos en Estados Unidos— estaban estudiando e incluso podrían haber pagado la prima de una casa.

Si bien existe una relación entre la fecha de llegada y los planes para permanecer en Estados Unidos, es una relación ambigua. La proporción que planea permanecer aumenta entre quienes han llegado más recientemente y los más tardíos, hasta mediados de los años de 1980, y disminuye después de esa fecha. La cohorte 1982-1986 muestra



la mayor proporción de quienes planeaban quedarse, mientras que aquellos que llegaron después de 1990, es menos probable que estén pensando en una estancia permanente (ver el Cuadro 6).

**Cuadro 6**  
**Factores en los planes para permanecer en**  
**Estados Unidos**  
**(Porcentaje en cada grupo con planes definidos**  
**de permanecer)**

<i>Nacionalidad</i> (N = 279)	
Guatemaltecos	62.1
Salvadoreños	51.8
<i>Fecha de llegada</i> (N = 277)	
Antes de 1980	50.0
1980-81	53.3
1982-86	65.6
1987-90	4.3
Después de 1990	37.5
<i>Estatus legal</i> (N = 279)	
Ciudadanos/residentes permanentes	57.1
Indocumentados	48.4
TPS/DED	33.3
Amnistía	75.0
Asilo	52.8
<i>Razones para la migración</i> (N = 277)	
Condiciones políticas (en casa)	58.0
Condiciones económicas	49.0
Oportunidades económicas EEUU	55.0
Reunión familiar	59.5
Otros	45.7
<i>Edad</i> (N = 278)	
20-29	64.5
30-39	52.3
40-49	51.0
Arriba de 50	36.0
<i>Hijos/localización de los hijos*</i> (N = 279)	
Ningún hijo	66.7
Hijos en Estados Unidos	57.4
Algunos hijos en Estados Unidos	41.2
Ningún hijo en Estados Unidos	32.3

\* Estadísticamente significativo a .01

Las percepciones de nuestros encuestados, acerca de las condiciones políticas y económicas en sus países de origen, son evidentes en sus respuestas a preguntas acerca de si pensaron que esas condiciones mejorarían como resultado del proceso de paz. En su mayor parte, se muestran escépticos. Preguntados si pensaban que los acuerdos de paz tendrían como resultado una situación política más estable en sus países de origen, solo el 45 por ciento de los que dieron una respuesta definida respondió de manera afirmativa, y el mismo porcentaje creía que las condiciones económicas serían más estables. Algunos no estaban convencidos de que los acuerdos se implementarían. Una observación típica era "Hasta no ver, no creer, porque dicen que hay paz y de repente hay violencia". En otros casos, un "sí" como respuesta se calificó como una esperanza más que como una expectativa de mejora. Solo el 17 por ciento indicó que las negociaciones y los acuerdos habían marcado una diferencia, en sus decisiones relacionadas con el retorno.

Algunos encuestados creyeron que la violencia de la guerra había sido reemplazada por la violencia criminal. Un salvadoreño señaló la combinación mortal de desmovilización y subempleo: "Todos están armados, te pueden matar por un reloj. Hay 30 000 soldados y 40 000 guerrilleros desempleados... Para un país pequeño con este nivel de desempleo, la situación es muy grave". Creía que los salvadoreños continuarían emigrando a Estados Unidos, porque "en casa ellos temen por sus vidas". Del mismo modo, mientras algunos creían que la paz traería más inversiones y nuevos empleos, otros hablaban de altos niveles de desempleo y una pobreza continuada o creciente<sup>6</sup>.

Mientras la mayoría de hombres y mujeres estaba escéptica respecto a la estabilidad política, los hombres tendieron a ser más negativos que las mujeres (el 59 por ciento contra el 51 por ciento). En contraste, los hombres creían más que las mujeres que los acuerdos tendrían un efecto estabilizador en la economía —el 50 por ciento de ellos, mientras que las mujeres estaban más divididas, el 40 por ciento predecía estabilidad y el 60 por ciento se mostraba escéptico (ver el Cuadro 4).

Los encuestados estuvieron más divididos respecto a sus perspectivas de retorno. El 43 por ciento

6. Mientras las *percepciones* de las condiciones pueden ser diferentes a las condiciones verdaderas, los análisis de las condiciones en El Salvador y Guatemala, a mediados de los años de 1990, sugieren que muchas de ellas eran exactas. Ver Siri, 1997; Spence *et al.*, 1997; 1998.

de los hombres, comparado con solo el 36 por ciento de las mujeres, creía que tendría problemas de seguridad a su regreso. Al contrario, los hombres pensaban que tenían más probabilidades de encontrar empleo a su regreso, aunque las diferencias no son significativas: 46 por ciento de los hombres y el 42 por ciento de las mujeres. Hasta donde estos datos pueden ser generalizables, parecen ser consistentes con las razones para migrar: las mujeres, que con mayor probabilidad emigraron por razones económicas, eran las más escépticas con respecto a las condiciones económicas y las perspectivas de empleo a su regreso; mientras que los hombres, cuya mayoría migró por razones políticas, estaban más preocupados por la seguridad personal y la política.

Más significativas que las diferencias de género eran las existentes entre quienes pensaban permanecer en Estados Unidos. De éstos, solo el 39 por ciento creía que los acuerdos de paz llevarían a la estabilidad política o económica. Entre quienes pensaban regresar de inmediato o en un futuro, el 54 por ciento creía que encontraría más estabilidad. Asimismo, los que pensaban permanecer en Estados Unidos eran más proclives a creer que encontrarían problemas de seguridad, si regresaban;

mientras que entre los que planeaban regresar, era más probable hallar quien creyera que sería capaz de encontrar empleo (ver Cuadro 5).

En resumen, los inmigrantes centroamericanos, en el sur de California, tuvieron que enfrentar dificultades y condiciones deterioradas, en los años de 1990; pero esas condiciones eran aún más difíciles y las oportunidades más limitadas en sus países de origen, tal como se evidenció en la ambivalencia manifestada por los entrevistados de nuestro estudio. Ya se observó que el 85 por ciento de los encuestados coincidía en que las condiciones en Estados Unidos eran peores que antes; pero cuando se les preguntó si recomendarían a otros venir, la mitad respondió de manera negativa y la otra mitad respondió de manera afirmativa o sugirió que dependía, por ejemplo, de si ellos pensaban en trabajar duro o si poseían documentos. Entre los comentarios negativos que manifestaron podemos citar: “la vida aquí es muy dura”, “mejor guardar el dinero que gastarían viniendo aquí”, “se desilusionarán. Ellos creen que todo es fácil, que el dinero les caerá en las manos. En realidad, es difícil: ‘cuesta ganar dinero’”. Pero otros comentarios eran más positivos: “ellos tienen derecho a mejorar sus vidas, siempre y cuando vengan con ganas de mejorar y superarse y no a causar problemas”, “las condiciones para los inmigrantes han empeorado, debido a cambios de las políticas [pero yo] aconsejaría a la gente que se venga, porque aquí hay oportunidades para desarrollarse”. En breve, a pesar de las condiciones difíciles del sur de California, muchos centroamericanos mantienen el sueño tradicional del inmigrante de las oportunidades para la movilidad y para una mejor vida en Estados Unidos, así como percepciones de una pequeña mejora en sus respectivos países natales<sup>7</sup>.



### 3.2. Otras influencias en el deseo de retornar

Aparte de las preocupaciones relacionadas con las condiciones en sus paí-

7. Perspectivas más matizadas sobre las condiciones positivas y negativas en Estados Unidos y en sus respectivos países de origen se obtuvieron a partir de preguntas abiertas. Hasta donde se puede generalizar, los interrogados se mostraron positivos respecto a las oportunidades económicas y, en menor medida, respecto a las libertades políticas en Estados Unidos; mientras que sus países de origen eran vistos más positivamente, en términos de calidad de vida —relaciones familiares y sociales y características culturales—. Ver Hamilton y Chinchilla, 2001.

ses de origen, ¿qué otros factores pueden diferenciar a aquellos que planean permanecer en Estados Unidos de quienes piensan regresar a casa? ¿Hasta qué punto estos factores interactúan con el género? En nuestro estudio, factores tales como la nacionalidad y el estatuto legal tienen alguna relación con los planes para regresar, aunque no necesariamente en el grado esperado. Aunque estas relaciones no son estadísticamente significativas, una discusión de cada una ilumina un poco el complicado proceso de planificación de los inmigrantes para permanecer o retornar. Existen otras dos condiciones: la edad de los inmigrantes y su situación familiar arrojan relaciones más fuertes y contienen algunas diferencias de género interesantes (ver el Cuadro 6).

Los guatemaltecos se inclinaban más que los salvadoreños a permanecer en Estados Unidos. Quizás esta actitud diferente sea reflejo de que los acuerdos de paz ya habían sido firmados en El Salvador, mientras que las negociaciones estaban todavía en proceso, en Guatemala. El estatuto legal era también un factor, y aunque la distinción entre residentes permanentes e indocumentados no era tan fuerte como uno podría esperar, el 57 por ciento de los primeros y el 48 por ciento de los segundos pensaba permanecer. La residencia permanente no necesariamente significaba que salvadoreños y guatemaltecos no regresarían algún día. El estatuto de indocumentado no implicaba que pensarán en volver. La residencia legal abre, de hecho, la posibilidad para viajar de ida y vuelta, sin enfrentar el terrible —y por lo general costoso— viaje de regreso a Estados Unidos sin documentos (ver Hagan, 1994, entre otros). Al mismo tiempo, el estatuto especial conferido por las leyes e iniciativas de inmigración, decretadas en los años de 1980, parece haber tenido efecto. Solo el 33 por ciento de aquellos con un estatuto temporal<sup>8</sup> —el cual expiraría en enero siguiente— tenía planes definidos para permanecer, mientras que, en el otro extremo,

el 75 por ciento de aquellos que habían sido amnistiados, planeaba permanecer<sup>9</sup>.

La edad del inmigrante, aunque no es estadísticamente significativa, tuvo un gran impacto sobre los planes para retornar. Los que estaban en sus veinte años, el 65 por ciento más o menos, planeaban permanecer, comparado con solo un poco más de la mitad quienes tenían entre treinta y cuarenta años, y solo el 36 por ciento de quienes tenían más de 50 años. Muchos de los que estaban en la cohorte más joven, presumiblemente, llegaron siendo niños o adolescentes y fueron socializados en escuelas de Estados Unidos. Algunos, sin duda, llegaron siendo jóvenes para huir del reclutamiento. Esto ayudaría también a explicar el porcentaje creciente de hombres que llegó en los años de 1980 y, en particular, el gran grupo de la cohorte de 1986-1990. Muchos de ellos, el 59 por ciento, vinieron por razones políticas, comparado con el 48 por ciento de quienes vinieron con sus treinta años y solo el 35 por ciento o menos para las cohortes más viejas.

Aquí hay también una diferencia de género interesante. Mientras es más probable que los hombres jóvenes, a diferencia de las mujeres jóvenes, deseen permanecer —el 66 por ciento de hombres, en sus veinte años de edad, comparado con el 62 por ciento de las mujeres—, en las cohortes más viejas, las preferencias se invierten —el 48 por ciento de los hombres, en sus treinta años de edad, comparado con el 58 por ciento de mujeres en esta misma edad, el 41 contra el 56 por ciento de los cuarenta años de edad y el 27 contra el 39 por ciento aquellos con más de cincuenta años de edad (ver el Cuadro 7)—. Lo que es más impactante es que los hombres, la mayoría en sus treinta, cuarenta y cincuenta años de edad, están pensando en regresar, mientras que para las mujeres esto es verdad solo para aquellas en sus cincuenta años de edad.

8. En 1990, el Congreso detuvo la deportación de salvadoreños y nicaragüenses temporalmente con la categoría "estatus de protección temporal" (*Temporary Protected Status, TPS*). Esta formalidad se extendió periódicamente hasta que fue reemplazada por la "salida aplazada" (*Delayed Enforced Departure, DED*), que fue, de nuevo, extendida hasta 1996.
9. La Ley de Inmigración y Control (*IRCA*), aprobada en 1986, otorga a los inmigrantes indocumentados que llegaron antes de 1982, una amnistía. Para ello debían legalizar su estatus y ser habilitados para aplicar al estatus de residencia permanente.

**Cuadro 7**  
**Planes para permanecer, según la edad,**  
**el control para el género**

Edad	Género			
	Hombre		Mujer	
	Permanece	Regresa	Permanece	Regresa
20-29	67 (34)	33 (17)	62 (26)	38 (16)
30-39	48 (23)	52 (25)	56 (35)	44 (28)
40-49	41 (9)	59 (13)	59 (16)	41 (11)
50 +	29 (2)	71 (5)	39 (7)	61 (11)

*Nota:* N = 278

En todo caso, la mayoría de hombres y mujeres, en su veinte años de edad, desea permanecer en Estados Unidos, mientras que la mayoría de quienes superan los cincuenta años desea retornar. Es probable que la percepción predominante, entre hombres y mujeres jóvenes, sobre Guatemala y El Salvador sea que ambos países han experimentando la guerra, la inestabilidad y severas dificultades económicas. En cambio, las cohortes más viejas recuerdan períodos de relativa paz en sus países de origen; algunos están considerando jubilarse allá.

El factor más importante para explicar las diferencias entre quienes planean permanecer y quienes desean regresar, al menos en el largo plazo, es la situación familiar, en particular, si los entrevistados tienen hijos, y el tiempo que éstos estuvieron en Estados Unidos o en sus países de origen. Al igual que los casos dominicano y mexicano, la separación de la familia causada por la migración afectó a muchos guatemaltecos y salvadoreños. Muchos esposos o esposas parecen haber emigrado solos, o, si emigraron juntos, a menudo dejaron alguno o a todos los hijos al cuidado de otros. En otros casos, los hijos, en particular, quienes estaban en edad de ser reclutados, fueron enviados a Estados Unidos para escapar de los efectos de la guerra.

Debido a que los datos del censo no registran el estado civil, ni la composición familiar en el

momento de la emigración, es difícil saber las dimensiones exactas de la separación de las familias salvadoreña y guatemalteca, en los años de 1980, ni el grado de reunificación en los años de 1990. Sin embargo, la tasa mucho más alta de unidades nucleares familiares registradas en el censo posterior, sugiere que o bien la familia se reunió o se formaron familias nuevas de inmigrantes, en Estados Unidos.

En nuestro estudio, más hombres que mujeres dijeron estar casados —legalmente o de hecho, el 67 por ciento comparado con 51 por ciento. Lo más probable es que las mujeres tuvieran hijos —el 79 por ciento contra el 73 por ciento. Aunque la diferencia entre la proporción de hombres y mujeres solteros no fue tan significativa —el 28 por ciento de hombres y el 31 por ciento de mujeres—, la proporción de mujeres que dijeron estar divorciadas, separadas o viudas fue mucho mayor que la de hombres.

Además, entre los casados o acompañados, más hombres que mujeres dijeron tener su esposa o a su esposo en Estados Unidos, a su lado —el 89 por ciento contra el 78 por ciento—. Así, si asumimos que hombres y mujeres informan sobre su estado civil y el número de hijos con igual fiabilidad —lo cual puede no ser así—, las mujeres inmigrantes de nuestro estudio tienen más probabilidad de formar parte de familias separadas, aun en 1995.

---

**Las mujeres latinoamericanas  
y caribeñas que han venido a Estados  
Unidos, en las últimas décadas,  
pueden experimentar un aumento en su  
estatus y en su autonomía personal,  
mientras que los hombres experimentan  
una disminución.**

---

En esta misma línea, en aproximadamente el 70 por ciento de las familias con hijos, éstos se encontraban en Estados Unidos cuando se hizo la encuesta; en las otras familias, alguno o todos los hijos estaban en sus países de origen o en otra parte. No sorprende que lo más probable es que

los inmigrantes en sus veinte años de edad no tengan hijos —más de la mitad—, o si los tienen, que éstos estén en Estados Unidos —el 38 por ciento—. Por el contrario, más del 60 por ciento de quienes estaban en sus treinta años de edad y tienen hijos los mantienen fuera de Estados Unidos.

**Cuadro 8**  
**Planes para permanecer, según la ubicación de los hijos, controlados según el género**

Ubicación de los hijos	Género			
	Hombres		Mujeres	
	Permanece	Regresa	Permanece	Regresa
Todos en Estados Unidos	53 (36)	47 (32)	61 (49)	39 (31)
Algunos en Estados Unidos	25 (2)	75 (6)	46 (12)	54 (14)
Ninguno en Estados Unidos	32 (6)	68 (13)	33 (4)	67 (8)
No aplicable	74 (25)	27 (9)	59 (19)	41 (13)

Estadísticamente significativo (.005) para hombres.

Nota: N = 279

La localización de los hijos es una de las determinantes más importantes de los planes para permanecer o retornar —para quienes los tienen—. También es la fuente de algunas diferencias importantes de género. Más hombres que mujeres de los que no tienen hijos planeaban permanecer —el 74 por ciento contra el 59 por ciento—, mientras que entre quienes tienen a todos sus hijos en Estados Unidos, las mujeres tendían a permanecer más que los hombres —el 61 por ciento contra el 53 por ciento—, tal como es el caso de las mujeres con algunos de sus hijos en Estados Unidos —el 46 por ciento comparado con el 25 por ciento de los hombres—. Para aquellos cuyos hijos están en otra parte, las proporciones son semejantes —el 32 por ciento de hombres y el 33 por ciento de mujeres<sup>10</sup>—.

#### 4. Conclusión

En el deseo de “hacer visible el género”, en los procesos de inmigración, se da la tentación de universalizar en exceso esas relaciones hallada en un grupo particular o de observarlas de una manera estática, en el tiempo. Aquí, hemos examinado las diferencias de género entre inmigrantes salvadoreños y guatemaltecos en el sur de California, con

particular énfasis en las razones para la migración y para permanecer en Estados Unidos o retornar al país de origen.

Las mujeres latinoamericanas y caribeñas que han venido a Estados Unidos, en las últimas décadas, pueden experimentar un aumento en su estatus y en su autonomía personal, mientras que los hombres experimentan una disminución. Pero otros factores pueden intervenir en una relación potencial, en esta diferencia de género y en los planes o deseos para regresar. El deseo de volver al lugar de origen depende de otros factores sociales, tales como el contexto de recepción, las condiciones en los países emisores y receptores, la fortuna individual y la edad, el estado civil y la ubicación de los miembros de la familia. Todo lo cual puede cambiar con el tiempo. Las diferencias de género en cuanto al deseo de volver pueden desaparecer cuando se consideran otros factores o a la inversa; solo llegan a ser visibles cuando se exploran otras relaciones.

En el caso de los salvadoreños y los guatemaltecos que emigraron a Los Ángeles, en los años de 1970 y de 1980, la diferencia más importante y sólida parece ser que hombres y mujeres tendieron a diferir en los motivos para emigrar —más hom-

10. Estos hallazgos son consistentes con los del estudio etnográfico sobre la comunidad maya de Houston, realizados por Hagan (1994), quien encontró que lo más probable era que quienes tenían hijos se naturalizaran, mientras que aquellos cuyos hijos aún estaban en Guatemala se mostraron ambivalentes.

bres que mujeres afirman que emigraron por razones políticas—, mientras que las mujeres con algunos o todos sus hijos en Estados Unidos tienden más a permanecer en este país que los hombres, en una situación similar. Pero hubo también diferencias inesperadas de género: más hombres que mujeres sin hijos se mostraron dispuestos a permanecer en Estados Unidos y los hombres más viejos tendían con mucho a regresar, mientras que las mujeres de treinta y cuarenta años de edad estaban más interesadas en permanecer.

En síntesis, las razones para la migración, la presencia o la ausencia de uno de los hijos y la edad, entre otros factores, pueden interactuar con el género para influenciar los planes de permanecer en el país anfitrión o para regresar al país de origen. Todavía falta mucho que investigar para comprender bien la cuestión de por qué regresan al país de origen. Lo mismo habría que decir sobre la falta de una teoría que comprenda mejor las diferencias de género, relacionadas con inmigración.

